

tro. Y Dios se volvió á ellos, apagándose en sus ojos divinos los rayos de su ira y derramándose de sus manos los torrentes de su misericordia. Porque como se alzara Pelayo en Covadonga, codicioso de sacudir la ominosa coyunda y Alkama viniera sobre él con huestes innumerables atrevidas y esforzadas por la costumbre de vencer, Dios se puso de parte de los nuestros y á despecho de las leyes naturales, las saetas y las piedras arrojadas por los arcos y las hondas de los moros, se volvieron contra ellos, declarándose en la hora del combate aliados invencibles de la Cruz contra la Media Luna. Y los riscosos peñascos del Auseba, sintiéndose hollados por plantas invasoras, como suelo indómito de la madre patria, se desgajaron sobre el abismo, arrastrando en su épica caída á los enemigos de sus leyes y de sus hijos.

Y así fué comenzada aquella lucha homérica de ocho siglos, en que nadie insultó impunemente nuestro nombre, sino cuando nos apartabamos del culto de Dios y de la práctica de las virtudes. Así comenzó aquel rudo trabajar de cíclopes y titanes en el que al golpe centellante de los aceros se reconquistaba la patria perdida y se iban forjando aquellos caracteres de hierro y aquellos valerosos caballeros, más limpios en su sagre y en su honor que sus espléndidas armaduras de batalla. Así se formaron aquellos héroes, que llegaron con su hazañas á donde no pudieron llegar los vencidos de las Termópilas y vencedores de Maratón y Salamina. Porque del yunque de los combates salieron Fernán González y el Cid, forjados para la guerra, como las águilas para volar contra los vientos; y Jaime I el Conquistador y Fernando III el Santo, que ensancharon dentro y fuera de la península ibérica los mezquinos horizontes de la Patria; y Guzmán el Bueno, para sufrir los reveses de la fortuna, que si aportillan su corazón, puesto como antemural de las al-

menas de Tarifa, no logran desmoronar sus torreones, ni herir uno solo de sus soldados. ¿Qué importa que fuéramos vencidos en Gormaz, si nos levantamos victoriosos en Caltañazor? ¿Qué importa la derrota de Zalaca, si en Zaragoza nos ceñimos de laurelés? ¿Qué el desastroso vencimiento de Alarcos, si pusimos á un Rey fugitivo y diezmamos sus huestes y dispersamos sus banderas en el glorioso campo de las Navas? ¿Ni qué en fin ocho siglos viviendo dentro de la ferrea armadura y empuñando la lanza y embrazando el escudo, si de este hervor de victorias y derrotas, de pérdidas y conquistas, de bizarrías y desventuras, salió como del crisol del tiempo, aquel hermoso corazón de oro, honesto, sufrido, magnánimo, dadivoso y tocado de la sabiduría de los genios y de la audacia de los héroes, que se llamó Isabel I de Castilla?

Así nos levantamos, abrazados á la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo y no teniendo otra razón de estado que lo que era conforme á las enseñanzas de la Cruz. Que si allá dijo Plutarco (1), siendo pagano, que «en el hacer de las leyes lo primero y lo más importante es la opinión de los dioses» ¿qué pensaría, al escribir las suyas, aquella católica reina, de quien cantan nuestros vates, que convertía con su presencia venerable los fastuosos alcázares de sus ascendientes en templos de saber y de virtud?

Así nos levantamos nosotros; pero los griegos que no volvieron los ojos á la Iglesia, ni los han vuelto aún, todavía yacen sumergidos en el mas ignominioso parasismo. De aquel pueblo libre de Atenas y de Esparta sólo quedan miserables ruinas más menguadas cada vez y sujetas á la más baja servidumbre y dependencia.

Y para que no me digais que con un hecho solo quiero probar la verdad de mi proposición, yo os diré que este

(1) Plutar lib adversus Colot.

hecho es de tal magnitud, que abraza el espacio de muchos siglos y que es prodigio que se repite en la historia tanta veces cuantas ponemos nuestra confianza en Dios. A Dios encomendó Colón el descubrimiento de las Indias y las Indias fueron descubiertas, poniendo proa sus carabelas á aquel mar que por lo inexplorado y desconocido llamaron los antiguos el *tenebroso mar*. A Dios llamó Cortés en la conquista del dilatado imperio mejicano y como derribó los ídolos, que usurpaban la adoración al verdadero Dios, Dios le entregó los Reyes cautivos del corazón y de la inteligencia y unieron sus armas con las españolas para rendir á Motezuma. Aquellas feracísimas tierras y todas las de América fueron nuestras en cuanto cayeron los ídolos; y las hemos perdido, cuando los ídolos con otros nombres y con ceremonias más ridículas y escandalosas se han vuelto á levantar.

Y apartando los ojos de aquel mundo ya perdido por nuestro pecado y volviéndolos á la Europa, decidme si podré yo citar, por innumerables, los hechos en que Dios fué nuestro escudo, porque la fé de nuestras almas era viva y no escuchaba las voces del egoísmo y de la impiedad. Callaré el recuento de tales hazañas, porque todas se han de oscurecer ante el heroísmo de nuestra patria, luchando por su independencia contra las huestes de Napoleón y porque en ellas hemos de ver con meridiana luz que no se alcanza la victoria por el número de los ejércitos, sinó que del cielo baja la fortaleza para vencer. *Non in multitudine exercitus victoria belli, sed de caelo fortitudo est.*

II

Camöens, mirando desde las alturas del Helicon la Europa recostada sobre la alfombra azul de los mares,

arrancaba á su arpa las notas más valientes cantando (1): «que Dios había puesto la península ibérica por cabeza de las tierras de Occidente»; y yo, considerando los altos destinos para que la guardó la Providencia, el indomable carácter de sus hijos, las bellezas de su suelo y la autoridad que le alcanzaron nuestros padres, hallo que esto es verdad de todas maneras; porque en la cabeza es en donde el alma ejerce sus más nobles oficios, donde se reúne mayor suma de hermosura, donde se retratan más claros los sentimientos del corazón y donde mejor se pintan el denuedo y la fortaleza para contener con la mirada las iras y los desmanes de nuestros más feroces enemigos.

¡Oh! que esta cabeza puso miedo en el ánimo de los árabes con Cisneros en Orán; aterró con Gonzalo Fernández de Córdoba á los franceses en las riberas del Garellano, y con el imperante Carlos V á los protestantes en Mullberg. Esta cabeza tronó y despidió rayos contra los vicios con Fray Luis de Granada; se riyó con Cervantes de las fabulosas aventuras de los andantes caballeros; retrató en su faz las bizarrías de nuestras nobles pasiones caballerescas con Lope de Vega y Calderón; satirizó las ambiciones cortesanas con Andrada y con Quevedo; y vió antes con Colón, allá tras los desiertos de los mares, envuelto entre las brumas del Atlántico, un mundo nuevo, ignorado y salvaje, que levantando por brazos, al cielo, los picos de los Andes, pedía á Dios con los roncocos gemidos de las cataratas del Niágara, la dulce y clara luz del Evangelio.

Por eso cuando el terrible Capitán del siglo, aquel *coloso fundido para la guerra* (2) y animado por el espíritu de la ambición, que es espíritu de discordia y de injusticia, venía deshaciendo el viejo mapa europeo á tajos

(1) Camoens.—*Os Lusíadas*.

(2) Arolas, escolapio, en su libro *Poetas caballerescas*.

de su espada; cuando venía, dejándose á la espalda vencidas á Prusia en Jena, á Austria en Ulma, á Rusia en Austerlitz y encarcelado al Pontífice Pío VII en el castillo de Fontainebleau; cuando venía, como el viento Simoun, envenenándolo todo con su aliento y pasando por encima de todas las justicias y hermosuras con alas de huracán; esta cabeza bizarra é indomable y enemiga de tiranos, lo miró con aquellos airados ojos que vencieron á Francia en San Quintín y en Pavía, y detuvo su paso el invasor, se plegaron sus bélicos estandartes, enmudecieron sus clarines, y donde acabó la arrogancia de la guerra, comenzaron las intrigas hipócritas de la perfidia.

Nuestros Reyes salieron de España engañados, y al avistarse con Napoleón, se encontraron cautivos por aquél genio de la guerra, que plegaba sus alas de águila, para personalizar á Maquiavelo. Las huestes napoleónicas no asomaron por las alturas del Pirineo en son de guerra, ni cruzaron el Bidasoa, tronando sus cañones, ni embistiendo sus corceles; nuestras plazas fueron sucesivamente ocupadas á despecho de los leales y con ayuda de los traidores; el pueblo de Madrid, receloso á veces de tan poderosos amigos, y á la postre confiado y dejándose arrastrar de los hospitalarios impulsos de su corazón, abrió sus brazos á las tropas de Murat y usó con ellas de agasajos fraternales y de cordial franqueza.

Pero poco duró el engaño, porque muy luego fueron descubiertas las perfidias de los solapados invasores. Llegó el Dos de Mayo de 1808, día señalado con sangre, más duradera que el bronce y la piedra; Murat dió orden de arrancar del Palacio los últimos restos de la familia Real, los infantes D. Antonio y D. Francisco; el pueblo protestó de tamaño desafuero, porque barruntaba las consecuencias, y los franceses contestaron con la boca de sus cañones, ametrallando la inerte muchedumbre. La san-



gre de nuestra raza hirvió entonces en las venas de los hijos de Madrid contra huéspedes tan ingratos; y sin contar el número de sus enemigos, sin miedo á los mortíferos pertrechos de batalla, empuñando los más armas enmohecidas, inútiles para la pelea, hechas útiles por el patrio furor, hombres, niños y mujeres se lanzaron contra los invasores, y en cada calle se libró un combate y en cada plaza se alcanzó una victoria. Desaparecieron los enemigos al primer ímpetu del pueblo; desaparecieron, cuando eran pueblo, aunque mejor armado; pero desaparecieron para volver con todas sus fuerzas, y con rabia de fieras y sueltos rencores se cebaron en la mal armada multitud, sin respetar al sacerdote, pasando por encima de los santos fueros del hogar y del templo, sin contener la ira en el indefenso anciano, ni en la trémula y púdica doncella.

¡Cuánta escena de sangre y vandalismo callan mis labios! ¡Bendito seas, pueblo de Madrid, que sin miedo á la fama de los traidores, conquistada en cien campañas, peleaste con los feroces soldados vencedores de Marengo, y tan generosamente supiste dar la sangre de tus venas por la independencia patria! ¡Benditos seáis vosotros Velarde, Daoiz y Ruiz, iberos leones que os salistéis de la jaula férrea é hicistéis del Parque segunda Numancia, asombro y exterminio de aquellas huestes que fueron castigo y espanto de la tierra. ¡Bendito seáis vosotros, que mientras la traición temblaba cobarde con todos los crispamientos del parricida y encerraba en los cuarteles nuestras armas y soldados, disteis alegres y serenos la vida por la patria, iluminado el rostro con los resplandores de la inmortalidad y levantando á España entera, como un solo hombre, al caer ensangrentados por las balas del invasor.

Estremecióse España de coraje, y la primera de todas las provincias alzóse Asturias y se vieron coronados de

hijos de Pelayo los riscos del Auseba, como si las musulmicas hordas tornaran á invadir nuestra tierra; bramó el Duero, como león que rompe la cadena; levantóse el Ebro y se puso en guardia delante del templo del Pilar; empuñóse el Veleta, como gigantesco atalaya, y dió voces de alerta á sus dormidos hijos; y el fiero Guadalquivir, como heraldo del Rey Santo que descansa en sus orillas, corrió al mar apellidando ¡guerra!, para que el mar con más robusto son lo repitiera en todas las playas españolas.

No me digáis que os relate las hazañas, ni que llore las derrotas, ni que os haga el recuento de los héroes; no me digáis que os hable de aquellas batallas del Bruch, en que parecía que luchaban los titanes con riscos enteros y árboles por armas; ni de aquellos cercos de Zaragoza que necesitan á Homero por cantor; ni de la defensa de Gerona, que inmortalizó á mi noble compatriota Alvarez de Castro; ni de las victorias de Arapiles y San Marcial; porque allí no hubo más que una sola batalla, cuyo campo fué todo entero el suelo de la patria; una batalla, que duró sin intermitencias de la noche, sin treguas para el descanso, desde la hecatombe del Dos de Mayo hasta el triunfo de Bailén; y un solo héroe, uno solo, que venció peleando por su santa independencia, que es la seguridad del templo y del hogar, y fué el Pueblo Español. *Non in multitudine exercitus victoria belli, sid de celo fortitudo est.* No vencimos con numerosos ejércitos, sino que del cielo nos vino la fortaleza para arrojar del suelo patrio á los arrogantes invasores.

Fuimos entonces héroes victoriosos, porque aún éramos creyentes; y ahora nos encontramos vencidos, lo digo con pena, que no con ira, porque hemos dejado de creer.

De aquel mundo descubierto por nuestra fe y una y otra vez regado con la sangre de nuestros héroes, y de aquellas islas de la Oceanía, que cantaban en medio de

las ondas de los remotos mares las épicas estrofas de las hazañas de Legazpi y de Salcedo, de Balboa y de Corcuera, de Elcano y Magallanes y el P. Capitán; de aquellas islas Filipinas sostenidas para España por la tenacidad, por la fé y el patriotismo de los humildes hijos de Agustín, de Domingo y de Loyola, ya no nos queda más que la vergüenza de su pérdida y la pena en el corazón.

Pero no, nos quedan aún más; nos quedan las gloriosas hazañas llevadas á cabo por amor á la dignidad de la patria vilipendiada en América y Oceanía; nos quedan los hechos de abnegación y de heroísmo de aquellos hijos de la madre patria, que estando ciertos de su muerte, entraror en batalla, alta la bandera y á las balas el pecho descubiertó, para librarnos de la última ignominia, que era el baldón de morir volviendo las espaldas á la muerte. Nos quedan aquellos héroes y mártires de Baler, que por espacio de un año entero sostuvieron enhiesta la bandera española, acometida por todas las furias enemigas de tagalos y sajones, como titánica roca, que enmedio del mar resiste todas las rabias del Occéano. Nos queda el noble ejemplo de aquel guardia marina, que perdidas las dos piernas de un cañonazo sobre la cubierta del *Vizcaya* en la última de nuestras catástrofes de allende, y dictando con los bríos postrimeros una carta para su familia, le decía: no lloreis, queridos padres, por mi muerte, porque muero cumpliendo con mi deber; y como si aun le pareciese corto el sacrificio de su vida segada en flor y le sobrarian alientos en el espíritu para más altas empresas, atajando al amanuense y dirigiéndose al capellán que lo auxiliaba, le preguntó lleno de zozobra. ¿Padre, puedo escribir que muero cumpliendo con mi deber?

No: no ha desaparecido nuestra raza de mártires y de héroes; no está muerto en nuestra venas el denuedo de Cides y Guzmanes. Es..., fuerza es confesarlo con

humildad; es que nuestra fé no es la fé de los siglos gloriosos que pasaron, no es la que nos dió la unidad religiosa en España; aquella fé, que se convirtió en sol para estar siempre alumbrando como una lámpara en el grandioso templo de los dilatados dominios españoles. Por eso Dios nos castiga con desastres y derrotas y nos espera arrepentidos para volver á ser nuestro Dios, el Dios de Roncesvalles y Covadonga, de las Navas y de Otumba, de Ceriñola y de Bailén.

No busqueis fuera de Dios, que aguarda nuestra enmienda, otro remedio para nuestra regeneración, porque no lo hallareis.

Mártires gloriosos de Cuba y Filipinas: Santocildes, Cadarso, Vara de Rey, Villamil, Cheriguini (1), Zaragoza, Zaragoza que entregaste la vida, dando vivas á España y pidiendo un girón de bandera, de aquella bandera nunca arriada, como para morir abrazado con los brazos de la madre patria, sea vuestra sangre, aun no vengada, fuego que nos encienda y heroísmo que nos levante para la santa regeneración de España; como la sangre de Daoiz y Velarde y Ruiz fué el grito que alzó á España entera contra las impías huestes napoleónicas, proclamando su independencia.

Para estos hijos heróicos de la madre Patria y para todos los que regaron con su sangre las calles de Madrid, para todos los mártires de la independencia española y para las víctimas de las últimas encarnaciones de Maquiavelo en el moderno positivismo sajón, pidamos al Dios de las misericordias y al Dios de nuestros ejércitos, como único premio digno de su sacrificio, la luz indefectible de los cielos. *Lux æterna luceat eis.*

A. M. P. I.

(1) Este es el apellido del guardia marina citado antes.





1072299

